

espíritu, es la alabanza de Dios; lo segundo, sus designios de misericordia para con todos los hombres, ó sea el amor del prójimo; y por último, lo que inmediatamente corresponde á nosotros. En tercer lugar vemos resplandecer en este cántico el espíritu de la religion. Jesucristo, en su calidad de Mediador entre Dios y los hombres, de víctima propiciatoria que reconcilia con un Dios ofendido á un mundo delincuente, de sacerdote Eterno, único dueño y propietario del sacrificio, y capaz de santificar toda oblation y ameritar todas las obras, es y debe ser el centro de nuestro culto, de nuestro pensamiento y de nuestra conducta en el órden de la religion. El por lo mismo es quien llena en cierto modo todo este himno misterioso, inspirado al Profeta por el Espíritu Divino. Aquí el Mesías es tenido como presente, y el Profeta le alaba y venera como si le fuese á su vista. Todas las relaciones de su discurso vienen á reconcentrarse en Jesucristo. El es quien ha descendido desde las alturas para visitar á su pueblo; El es este Salvador poderoso que sale de la casa de David; El es el anunciado de los profetas como el futuro Libertador que hará caer de la cerviz oprimida de la humanidad el antiguo yugo, y de sus ligadas manos los pesados hierros. Por esto el Profeta se detiene absorto á la vista de este poderoso Rei, que viene ya con el objeto de avasallar todos los poderes conjurados contra el cielo, y de establecer en la tierra un reino inmortal, y de tender sus brazos como un asilo seguro á toda la humanidad que ya perece.

9. ¡Cuánto seria preciso detenerme, hijos míos, si me propusiese continuar explicando este sagrado texto! Mas mi discurso debe tener un término, y yo le pongo aquí exhortándoos muy vivamente á todos á meditar con provecho estos acontecimientos ilustres que la historia de la religion atesora; á contemplar en bien de vuestras almas el milagroso nacimiento de este niño que cautiva desde su cuna la admiracion y el respeto de los pueblos; á imitar en la abnegacion de Isabel y Zacarías el ejemplo mas visible de la conducta que debemos observar en nuestras relaciones con Dios, así como en el humilde rendimiento del pueblo la sumision que debemos tener á la palabra infalible y decisiva de la Iglesia católica; en la presteza con que dirige sus afectos á Dios el dichoso padre del Bautista en el acto de recobrar el habla, la prontitud con que siempre debemos estar para dirigir á Dios nuestros homenajes, colocando ante todo sus alabanzas, admirando los designios de su misericordia en favor de los hombres y reconociendo en nosotros mismos los prodigios de su bondad. Sea este mundo con todas sus ilusiones y prestigios, un árido desierto para vosotros, para que no domine ni vuestro pensamiento ni vuestro corazon; y entónces el sonido que salga de vuestros labios, semejará la voz del que clama en el desierto, y dirigida únicamente á preparar los caminos del Señor, vuestra carrera será venturosa, y al descender al sepulcro, os encontraréis en sus brazos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA REVELACION QUE EL ANGEL DEL SEÑOR HIZO A JOSE DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

Joseph, filia David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María, tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo.

Math. Cap. I, v. 20.

1 EL tercer acontecimiento sobre que llama especialmente la atencion el santo Evangelio, refiriéndose al intervalo de tiempo que medió entre la Anunciacion y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, es, amados hijos, aquella penosísima perplejidad en que José cayó á la vista del estado de embarazo en que se hallaba su purísima Esposa. Ya recordaréis que María Señora Nuestra reservó tan profundamente en su corazon el secreto de su conferencia con el Angel Gabriel, y de haber encarnado en su vientre purísimo el Unigénito del Padre, que no le llegó á comunicar á persona alguna, y en consecuencia, que José su esposo era del todo extraño á tan maravilloso acontecimiento. Sucedió por lo mismo, que cuando la Santísima Virgen volvió de la visita de Isabel á su casa, como ya manifestase exteriormente su embarazo, causó una sorpresa inexplicable con su presencia en el ánimo de su esposo. Tenia éste un conocimiento tan íntimo, una ciencia tan cierta de la pureza y santidad de María, que no pudiendo desconocer su estado ni atreviéndose á culpalla, guardó la profunda pena en su corazon, para pensar en el partido que debiese tomar. Despues del tiempo que se tomó para deliberar acerca de tan grave resolucion, adoptó el medio de dejar ocultamente á su Es-

sa, para no continuar viviendo con ella, ni exponerla tampoco á las consecuencias de la publicidad. Iba, pues, á poner en práctica esto mismo, cuando un sueño misterioso y divino inundó su alma de luz, le restituyó la paz y derramó un consuelo inefable sobre su corazón. Un Ángel de Dios le apareció en lo profundo del sueño, en que sin duda estaba dominado todavía por su pensamiento, y le habló de esta manera: "José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu Esposa en tu casa: porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo." *Joseph, fili David, nolite timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

2. Aunque bastaba solo esto para ilustrar y tranquilizar competentemente á José acerca del misterioso embarazo de María, no quiso sin embargo contentarse con esto el Ángel del Señor. La luz que vierte sobre aquella alma escogida es mas copiosa todavía: propónese darle á conocer todo el fondo del misterio, y honrar su persona con una misión gloriosa. Así es que, despues de lo dicho, añadió refiriéndose á María: "Parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus; pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados." Estas palabras dan á conocer á José cuál seria el fruto del vientre de su Esposa, y cómo ella es la escogida para dar á luz al Salvador del mundo, sin menoscabo alguno de su virginidad, y le otorgan una mui honrosa intervencion, pues que dejan á su cargo ponerle nombre al Salvador del mundo.

3. Ved pues, hijos míos, en este sencillo relato uno de los mas graves puntos que propone la religion á los fieles, y que no debo yo pasar desapercibido en mis instrucciones pastorales. Ved, pues, á explicaros aquí este grande acontecimiento, con el fin de manifestaros cómo esta perplejidad de José, terminada del modo que habéis visto, encerraba de parte del Señor altísimos designios, pues contribuyó á confirmar mas y mas la virginidad perpetua de María, muestra mui al vivo las virtudes de José, y determina claramente la representacion que habia de tener en la historia de Jesucristo.

I.

4. Discurriendo el Padre San Bernardo acerca de las glorias de María, con el objeto de hallar aquel carácter único y exclusivo suyo que la presentase con tal singularidad en la galería de las mujeres mas ilustres en los fastos de la virtud, que no tuviese ninguna semejante, se fija desde luego en su doble carácter de Madre y Virgen. Y en verdad, hijos míos, que despues de su Concepcion Inmaculada, de este privilegio que ella sola disfruta entre todas las hijas de Adán, no hallaríamos por cierto nada mas propio suyo, mas exclusivo y único que el haber llegado á ser Madre, sin dejar de ser Virgen. Admirémos, pues, en buena hora todas las eminentes cualidades que realizan el carácter histórico de todas las mujeres fuertes de la antigua Lei; rindámos el tributo de nuestro asombro al heroísmo de todas las santas de la Lei nueva; en ese panteon inmenso de virtudes y de glorias encontraremos la virginidad sola, la maternidad ilustrada por la santidad, pero sola tambien; la humildad, la caridad, la fortaleza, &c., &c.; pero en vano buscaremos ni el advenimiento al ser sin el común contagio de la culpa, ni la maternidad divina, dejando intacta la pureza virginal; porque estos dos laureles en-

lazados no habian de coronar otras sienes que las puras y gloriosas de la Virgen de Nazareth. Hé aquí por qué, cuando se trata de estos caracteres propios de María, parecen rennirse al mismo tiempo el poder del Altísimo y la ciencia del hombre ilustrado por la fe, para derramar sobre ellos todo el esplendor de la evidencia. La virginidad perpetua de María, como su Concepcion Inmaculada, interesaba en gran manera la gloria del Señor. Desde el momento sin principio en que la Encarnacion del Verbo Divino fué un hecho resuelto en el plan de regeneracion concebido en la mente del Eterno, María, la criatura destinada para ser el primer templo de Dios Hombre en la tierra, obtuvo dos excepciones sublimes en la índole de la naturaleza y las condiciones de la humanidad. Recibiría de Adán el origen sin la humillante contaminación de su pecado; concebiría en su vientre y pariría un Hijo sin concurso de varón ni menoscabo alguno de su virginidad purísima. Cuánto haya convenido lo primero para que el Unigénito del Padre fuese dignamente asociado á la naturaleza humana, es punto que os tengo ya explicado en mi décimaquinta instruccion de esta primera parte: cuán necesario fuese lo segundo, es una verdad que á primera vista se percibe.

5. De hecho, hijos míos, al ejecutar el Señor su plan de misericordia, no quiso, dignámoslo así, tomar de la humanidad sino únicamente lo preciso para que el Verbo Divino fuese verdadero hombre. Pues bien: lo que se necesitaba era el cuerpo humano; y éste, que en el orden común supone el concurso de varón, en el orden sobrenatural y extraordinario podia formarse de otra manera. Así es que le formó de facto en las entrañas de una Virgen por obra de su Divino Espíritu milagrosa y excepcionalmente, para que fuese digno, bajo todos aspectos, y no trajese consigo ni la mas leve contaminación. Si este cuerpo, hijos míos, se hubiese formado de la manera común, ¿qué podrían importar para la realidad de su objeto las incomparables excelencias y prerrogativas únicas de la Virgen Madre? ¿Para qué sacarla del orden común desde el instante mismo en que fué concebida, y hacerla venir al ser limpia y pura de toda culpa de origen? ¿No es verdad que todo hubiera sido inútil, si la concepcion del cuerpo, que unido á una alma racional habia de tomar para sí la naturaleza divina, se hubiese verificado segun el orden de la naturaleza, y en consecuencia por concurso de varón? Ciertamente que sí, pues la limpieza original de María no habria sido parte á preservar de la contaminación remota del varón aquel cuerpo santísimo. Todo, pues, todo manifiesta cuánto se ha interesado la dignidad y la gloria del Altísimo en hacer brillar constantemente la virginidad perpetua de su Madre. Hé aquí por qué tuvo cuidado de hacerla predecir en términos claros y explícitos por uno de sus profetas, "Una Virgen concebirá y parirá;" y presentó despues mui señaladas y solemnes ocasiones, para que esta noble prerrogativa se manifestase con toda su luz, sin que hubiese ninguna sombra capaz de ofuscarla.

6. ¿Recordáis, hijos míos, lo que os dije no há mucho al exponeros el misterio de la Encarnacion? ¿Recordáis aquella turbacion de María, cuando le anunció el Ángel su divina maternidad, aquella misteriosa pregunta que le hizo, diciéndole: "¿cómo sucederá esto cuando no conozco varón?" Pues Dios lo permitió así, para que María, que ya se hallaba desposada con José, hiciese una solemne declaracion de su virginidad, á fin de que todos entendiesen que aquellos desposorios se habian celebrado con fines mui altos,

en los cuales no entraba el de fecundar la naturaleza, sino unir misteriosamente una doble virginidad.

7. Podrían bastar la prueba profética y la prueba histórica fundada en la manifestación de María para dejarlo todo plenamente comprobado; pero no quiso el Señor contentarse con esto: en los planes de la Sabiduría Eterna todo es magnífico, todo superabundante, todo tiene una plenitud infinita. La virginidad de María debía recibir un testimonio mas en la persona de José: el pueblo de entónces y las generaciones que despues vinieron sabian que María era Esposa de José. La manifestación que habia hecho ella, prueba que ántes de concebir era Virgen, y que la virginidad era un voto que tenia intencion de guardar inviolablemente. Era preciso que una prueba nueva, fuerte, irresistible é incontestable, viniese á juntarse á la revelación del Angel y á la manifestación de María. Para esta prueba estaba reservado su castísimo Esposo José. Veamos pues, de qué manera nos han trasmitido el testimonio de este glorioso Santo los Libros evangélicos.

8. "Estando desposada María con José, sir que ántes hubiesen concurrido, se halló "que habia concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Mas José su Esposo, siendo como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente." Notad en primer lugar, hijos míos, el alto miramiento y delicadeza incomparable con que inicia el Evangelista la narración del suceso. Su objeto es manifestar el embarazo de María como una cosa que causa la perplejidad de José; pues ignorando este patriarca todavía el misterio de la Encarnación ya verificado, no podia considerar aquella situación de su Esposa con solo las luces de la naturaleza, sin llenarse de turbación y confundirse: pues á pesar de esto, y aunque un momento despues quedaria todo explicado, no quiso el Evangelista dejar esperar ni este solo momento, sino que al comenzar su relato anticipa el misterio; y en vez de decir simplemente que María estaba embarazada, dijo: "Se encontró que habia concebido por obra del Espíritu Santo." Prosigamos.

9. La profunda ignorancia de José acerca de este suceso, la inexplicable sorpresa consiguiente, la vaguedad de sus pensamientos, el penoso empeño con que delibera y la invariable resolución que toma, para cumplir al mismo tiempo con su castidad y con su caridad, de dejar ocultamente á María; todo esto, hijos míos, entraba en los designios del Señor, para dar un esplendor indefinido, no solo á los ojos de la fe sino aun á la vista de la razón, á la integridad virginal de su Madre. Considerad, si no, el efecto moral de todas estas circunstancias. ¿De quién se trata? De José, hijo de David, último vástago de aquella ilustre estirpe. ¿Qué era José moralmente considerado? Un varon justo: epíteto sencillo, y que si en otro lugar podria aparecer comun; en este tiene cierta singularidad, porque es la expresión de todo un carácter, un distintivo por excelencia, una notabilidad en la misma escala de la virtud: *cum esset justus*. Colocado José en una línea que dividia dos eras, dos Leyes, dos instituciones, dos pueblos, terminaba la galería de los antiguos patriarcas, y daba principio á la serie de los santos ilustres del cristianismo. Poseía respecto de la Lei todo el celo de los antiguos justos; pero sin aquella severidad que en el órden de la conducta vino casi á desaparecer en este heroísmo de sentimientos, en esta caridad cristiana que todo lo sufre, todo lo espera, to-

do lo excusa, todo lo perdona. Era permitido en la Lei antigua repudiar la mujer contaminada. José, sin embargo, y á pesar de que no tiene á favor de María sino la convicción profunda de su intachable virtud, pues ignoraba el misterio de su situación, renuncia todo derecho, no ve mas que su caridad, espera contra la esperanza misma, digámoslo así, al tiempo mismo que resuelve dejarla secretamente. José pues, aparece con todos los reales de la mas elevada virtud: esclavo de la Lei, celoso custodio de su honra y abrazado al mismo tiempo en el fuego de la caridad. Si pues, toda la ternura de su amor á María, que obró tanto para librarla de todo peligro con la manifestación pública de su estado, no fué parte á inclinarle á la permanencia de la unión con su Esposa, clarísimo es que, si vuelve á ella, no será sino por haber sido divinamente ilustrado sobre los misterios que ignora, por haber quedado plenamente persuadido con argumentos incontestables de que su Esposa no habia dejado de ser Virgen.

10. ¿Veis, hijos míos, todo lo que importaba en los designios de Dios el que María hubiese guardado el mas profundo silencio, el que José no hubiese tenido ni aun la mas leve luz acerca del misterio que en su Esposa se habia obrado, de que hubiese recibido un golpe mortal de sorpresa con la presencia del embarazo de María, de que hubiese entrado en la mas penosa deliberación y resuelto por fin dejarla secretamente? Pues bien: oid ahora lo que dice á continuación el Santo Evangelio: "Estando él (*es decir, José*) "en este pensamiento (*esto es, en el de dejar ocultamente á María*), hé aquí que un "Angel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu Esposa *en tu casa*: porque lo que se ha engendrado en su "vientre, es obra del Espíritu Santo." Estas palabras, de mucha mas virtud para José que la que tiene el sol para disipar las tinieblas de la naturaleza, derramaron un torrente de luz en su espíritu y un consuelo inefable en su corazón. Su zelo por la Lei es recompensado con ser el Esposo de la que porta en su vientre al Unigénito del Padre: su prudencia en el juzgar, aquella prudencia que á pesar de lo que le decian sus sentidos nunca le permitió condenar á María, queda recompensada con la realización de un milagro, con la manifestación que Dios le hace por medio de un Angel sobre la inocencia de su Esposa; y por último, su caridad tiernísima, que en él habia formado la resolución penosa de abandonar secretamente á María para que no padeciese lo mas leve, quedó recompensada y con una magnificencia inexplicable con el cargo, único en su género, de ser el jefe y custodio de la familia que la Madre de Dios y Dios hecho Hombre formaban en la tierra. De esta suerte, amados hijos, José, reunido indisolublemente con María y acompañándola mientras vivió, vino á dar el último toque de fuerza con su testimonio á la virginidad perpetua de María, nos hizo al mismo tiempo una revelación indirecta de su castidad propia, de esta virtud que toda la Iglesia de Dios venera en él; y por último, recibió la misión que debía desempeñar en la tierra como Esposo de María y Padre putativo de Jesús: misión de incomparable honor, de gloria excelsa, que me propongo explicaros en el siguiente punto.

II.

11. Despues de haberle dicho el Angel á José que María habia concebido por obra del Espíritu Santo, añadió: "Así es que parirá un Hijo, á quien pondrás por nombre Je-

“sus, pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados:” y el Evangelista, concluido el razonamiento del Angel, continúa su relato propio, de esta manera: “Todo lo cual se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el Profeta, que dice: ‘Sabadé que una Virgen concebirá y parirá un hijo, á quien pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros. Con eso Joseph, al despertarse, hizo lo que le mandó el Angel del Señor, y recibió á su Esposa.’”

12. Este sencillo mandato que Dios le hace á José por el ministerio del Angel, de poner por nombre Jesus al que habia de nacer de María, basta, hijos míos, para comprender que aquel privilegiado mortal, no solo habia merecido la gracia de ser el Esposo de la predestinada Virgen, en cuyo purísimo seno habia de encarnar el Unigénito del Padre, sino que fué destinado tambien para figurar en el concepto comun y á la vista del pueblo como el Padre de Jesucristo. En las sagradas Letras hai tal sobriedad de expresion para todo, que una sola palabra es la materia de muchos libros, y por esto vemos que los mas grandes elogios que han merecido los hijos de los hombres, están encerrados en las enunciaciones mas simples. Si se trata de María, solo se dice que es aquella de quien Jesus nació; mas esto basta para comprender que no cabe ya ni una representacion mas elevada entre las puras creaturas, ni un rango mas excelso, ni una superioridad mayor, ni una perfeccion mas grande, ni una gloria mas ilustre: si se trata del Bautista, solo se dice que es mas que profeta; que es el Angel cuyos pasos han de preceder á los del Salvador, y que no ha nacido personaje mas grande que Juan entre los nacidos de la mujer; mas esto solo siempre ha formado el asunto de los mas distinguidos elogios hechos por los oradores evangélicos al Precursor del Mesías, y sin embargo, no ha sido excedida nunca por ellos.

13. Pues del mismo modo sucede con José. ¿Qué ha dicho de este patriarca el Evangelio? Primero, que fué desposado con María; segundo, que fué destinado para ponerle nombre al Mesías, llevarle á Egipto y volverle despues: tercero, que Jesus estaba sujeto á María y á José, *erat subditus illis*. Pues bien, hijos míos: abrid las Sagradas Escrituras; abrid la historia de la Iglesia; imaginad cuanto queráis en lo que está por suceder, y decidme, despues de Jesucristo y de su Santísima Madre, que con el hecho de serlo está engalanada con todas las virtudes, encumbrada sobre las gerarquías angélicas, é instituida Reina y Señora de los cielos y de la tierra, ¿encontraréis por ventura nobleza mas ilustre, virtudes mas excelsas, rango mas elevado, poder mas grande y gloria mayor que la de José? No por cierto; y para juzgar de esta manera, no necesitamos dilatar la mente por la indefinida carrera de las hipótesis y conjeturas; basta meditar con atencion lo que de él han escrito los Evangelistas, y deducir las consecuencias lógicas de los hechos.

14. En efecto, hijos míos, ora consideremos á José como Esposo de María, ora nos fijemos en su carácter histórico de Padre putativo de Jesucristo, no necesitamos otra cosa para descubrir en su persona la semejanza mas perfecta con María. Figuraos en el mundo al padre de una hija única en quien hubiese puesto su corazón con todo el afecto de una naturaleza perfeccionada por la mas grande virtud: imaginad que trata de casar á esta hija única y amada, y que estando en su arbitrio hacerlo con la persona que mejor le

parezca, busca un esposo para su hija: ¿no véis que se agotarán su solicitud y empeño para la eleccion mas acertada? Figuraos todavia más: que Dios concediese á este padre conocer á todos los hombres, disponer libremente de su voluntad y tener á su arbitrio realizar el matrimonio con quien escogiese: si con este conocimiento se os llamase para preguntaros el concepto que formabais del hombre que al fin se habia casado con aquella niña, ¿qué responderíais vosotros? “Este es el mejor de todos los esposos;” y vuestra respuesta seria exacta. Pues bien, hijos míos, por mucho que queráis darle de ternura, de amor, de prudencia, de solicitud y aun de santidad á este Padre humano que os estoi presentando por ejemplo, debéis convenir en que no es nada comparado con el Padre celestial de María. ¿Cómo comparar jamas al hombre con Dios bajo aspecto ninguno? Pues bien: Dios nuestro Señor, el Eterno, el Infinito, el Omnipotente ha formado, segun su pensamiento y su amor, á María Santísima para ser la Madre de su Hijo Unigénito. Entra en sus designios darle un Esposo, y elige de facto á José para este destino elevado. ¿Qué diréis entónces de José? No solamente que es el esposo mas perfecto de cuantos existen en su época, sino que predestinado en el plan eterno del Señor para tan glorioso destino, fué dispuesta de antemano su naturaleza por el Criador de tal suerte, que su mejoría, respecto de todos los demas varones avocados á tal estado fuese incontestable, y que ninguno se hallase mas grande y excelente entre todos los hombres. Porque una cosa es, hijos míos, la mejoría que se encuentra entre muchos seres que han ido apareciendo segun el órden de la naturaleza y el comun de la Providencia, y otra cosa es la mejoría que se previene, forma y establece de intento por el Autor de la naturaleza y de la gracia para el destino mas elevado. Pues bien, hijos míos, este raciocinio, que nada tiene de violento, prueba que José fué á los ojos del Señor, no simplemente lo mejor que presentaba la naturaleza humana entre los varones, sino un varon formado á propósito, dispuesto y enriquecido segun el corazón de Dios: porque tal nos parece debia ser el Esposo que destinase para María el Padre tierro y poderoso que podia llenar con solo quererlo todos los designios de su amor.

15. Si de aquí pasamos, hijos míos, á contemplar los destinos de José relativamente al Mesías; si ponemos la atencion en que sus labios articulan aquel nombre ante el cual habia de postrarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, aquel nombre dulce infinitamente mas que la miel, que haria las delicias de todos los escogidos, y que la mision de poner este nombre importa nada ménos que la representacion de Padre de Jesucristo en la tierra: nuestra alma poseída de admiracion á la vista de tanta grandeza, no puede ménos que admirar las eminentes virtudes y excelso rango de José. “Escogíole el Señor, dice un sabio escritor, para Esposo... y por consiguiente, para cabeza y superior de nuestra Señora la Virgen María, y juntamente para Padre putativo de su Unigénito y benditísimo Hijo. Escogíole para que guardase aquel preciosísimo templo de Dios, aquel Sagrario del Espíritu Santo, aquella riquísima recámara de la Santísima Trinidad: para que acompañase á la que tenia el Verbo Eterno en sus entrañas, y sirviese á la que sirven los Angeles: para que fuese depositario de Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios: para que conversase con Dios humanado y con un Niño Dios, y le criase, y regalase, y entretu-

viere, y le llevase á Egipto, y le volviere; y finalmente, para que le mandase como á Hijo, y El le obedeciese como á Padre; porque aunque no lo era en la verdad, éralo en la apariencia y en la opinión de los hombres, y todos le daban este nombre, no solamente los que no sabían la verdad, sino también los que la sabían; pues se lo dió la que era verdadera Madre de los Evangelistas. Pues para cumplir con oficios tan altos de Esposo de la Madre, y Padre putativo del Hijo de Dios, ¿quién podrá explicar ó comprender los dones divinos y las virtudes admirables de San José?"

III.

16. ¿Y qué incremento de virtudes, qué riqueza inefable de dones, qué tesoros de gracias no adquiriría este privilegiado Santo con el trato continuo con la Madre de Dios y con Dios mismo? "Si la Sacratísima Virgen, continúa el autor citado, con las pocas palabras que habló á Santa Isabel, fué medio para que el Señor santificase al gran Bautista en las entrañas de su madre, y de recendida la misma madre, quedase llena del Espíritu Santo; ¡qué espíritu, qué gracia, qué ardor y fuego pensamos que pegaría á su dulcísimo Esposo hablándole tantas veces, tan familiar y amorosamente, tan largos años, de los altísimos é inefables misterios de Dios que pasaban por sus manos? Y pues ella es la puerta del cielo, la tesorera por cuyas manos se reparten y dispensan á todos los divinos dones; ¡para quién había de procurar que se repartiese con mas larga mano de los dones del cielo, que con aquel que por nudo y union de aquel castísimo matrimonio, era una misma cosa con ella? Y así no se debe dudar que fué mas esclarecido de conocimiento y luz el que estaba mas cerca de la divina luz y mas encendido en amor, el que estaba conjunto con el fuego divino, y que participaba mas de la virtud de la raíz, el que estaba pegado con la misma raíz, y que fué mas rico de tesoros y gracias, el que bebió tantas veces á boca llena de la fuente de la misma gracia, y por cuya mano se descubrió al mundo la vena y minero de todos los tesoros y riquezas de Dios!"

17. "Todas las virtudes en sumo grado tuvo este Santo Patriarca; gran fe, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, solícita providencia, y un silencio tan extraño, que no leemos en todo el Evangelio palabra que haya hablado San José: porque no era hombre de palabras sino de obras, y estaba tan absorto en la contemplación del sumo bien que tenia consigo, y tan trasportado de aquella altísima admiración, que dice San Lucas, que tenia considerado y rumiando lo que veía en el Niño y oía de él, que estaba como mudo, hablando con solos los sentimientos, afectos y obras, reverenciando con tanto silencio lo que le causaba aquella tan inefable admiración. Finalmente, fué tan acabado y perfecto San José, que mas se podía llamar varon divino que hombre mortal; y á la medida de su caridad y altos merecimientos recibió el galardón y la corona de la gloria; y así no hai duda, sino que este Santísimo Patriarca está en el cielo en lugar eminentísimo."

1. Rivadeneira. Vida de San José en su obra de *Flos sanctorum*.

1. Seria necesario, hijos míos, extenderme demasiado y traspasar con mucho los limites de un simple discurso, para desenvolver completamente los grandes conceptos que nacen de la lección evangélica, relativamente al suceso sobre que versa la presente instrucción. Mas no pudiendo pasar en ella mas adelante, dejo lo dicho en el fondo de vuestras almas, para que sirva de asunto á vuestra meditacion frecuente, de objeto á vuestra devocion, de pábulo á vuestro amor y de medio poderoso y eficaz á vuestras virtudes. Recogiendo, pues, en pocas palabras lo que llevo dicho, y agregando en simples enunciaciones lo que he callado y dicen los Santos Padres sobre el misterioso acontecimiento de los Desposorios de José con María, os diré: que aunque Dios nuestro Señor dispuso que el Verbo naciese de una Virgen, y por consiguiente que María fuese Madre sin mengua ninguna de su integridad y pureza virginal, quiso sin embargo que esta Virgen fuese casada; y para ello unió á María con José con el vínculo conyugal para varios fines. ¿Cuáles son estos fines? Cuatro asigna San Gerónimo, comentando el lugar evangélico que os he estado explicando. El primero, para que por la generacion de José pudiese manifestarse el origen de María; el segundo, para que ésta, dando á luz á Jesucristo, no fuese apedreada como adúltera por los judíos; el tercero, para que tuviese un amparo en su fuga para Egipto; y por último, según San Ignacio mártir, para que el parto de María, ó sea su divina maternidad, se ocultase al demonio; pues que así creería este espíritu infernal que el que habia nacido de aquel purísimo vientre, venia no de una Virgen, sino de una mujer en el órden comun. Verdad es que Dios nuestro Señor, absolutamente hablando, no habia menester de tal recurso para conseguir sus fines; mas como en el obrar acostumbra dar cierto lugar á la naturaleza con sus causas segundas, quiso que su Divino Hijo figurase cierto tiempo desconocido en una vida oculta como Dios, y para tal intento cubrió todas las apariencias que en el órden humano exigian la naturaleza, las leyes y las costumbres. No habia en aquel pueblo el uso de contar las generaciones por las mujeres; y por lo mismo la Santísima Virgen solo siendo casada, podia figurar en una genealogía. El pueblo judío castigaba las mujeres adúlteras apedrándolas; este pueblo debia ignorar por cierto tiempo el suceso de la Encarnacion, es decir, el carácter misterioso del parto de María. ¿Qué debería esperarse en este caso? Que María fuese víctima de la ceguera de aquel pueblo, cosa que no podia evitarse fuera de milagro, sino por el matrimonio. Acabáis de ver que María con su Divino Hijo iba á formar una familia en la tierra, y una familia que demandaba todos aquellos amparos y socorros en el caso. Dios no queria proveer con milagros á esta necesidad; y era indispensable un varon en aquella familia. ¿Seria conveniente que María hubiese llamado á un hombre para que la acompañase sin tener con él conexión alguna? No por cierto: ved aquí por qué Dios la desposa con José, para que con este título fuese el custodio, el proveedor y jefe de aquella familia celestial.

19. Ved pues, los misteriosos fines que encierran los desposorios de José con María, las incomparables ventajas de haber ignorado por algun tiempo este Patriarca santísimo el misterio de la Encarnacion, hasta el extremo de caer en una penosa perplejidad por el embarazo de María, pues esto habia de servir de una robustísima prueba de la virginidad perpetua de nuestra Señora, de una manifestacion de la castidad de José y

de una ocasion para que este recibiese por el ministerio del Angel el encargo de aquella mision que habia de desempeñar en la tierra.

20. Sed pues, amados hijos, devotos mui rendidos de este gran santo, admiradores con provecho de sus virtudes y sus glorias; asios de su proteccion en todas las necesidades de la vida, y en las situaciones mas solemnes de vuestra carrera. Por su mediacion contaréis con María; con la mediacion de María redundará la gracia de Dios en vosotros, y con esta gracia bien correspondida conquistaréis para despues de la muerte las coronas del cielo.

1. Al tomar por base de esta instruccion la circunstancia de haber ignorado José de todo punto el misterio de la Encarnacion, y dar á su perplejidad un carácter penoso, consiguiente á las dos evidencias que luchaban en su alma, cual era el hecho notorio del embarazo de María, y el conocimiento clarísimo y plena certidumbre que tenia de la incomparable virtud y virginal pureza de su Esposa, no he olvidado que graves autores han dado al Sagrado texto mui diversa interpretacion, suponiendo que José, sabedor de los misterios y penetrado de la mas profunda veneracion hácia la Santísima Virgen, en cuyas entrañas residia en persona el Unigénito del Padre, se juzgó tan indigno de acompañar como Esposo á tan privilegiada criatura, que tomó la resolucion de dejarla oculta. Mas esta interpretacion, aunque plausible y en extremo delicada, no es la mas generalmente seguida, como lo nota oportunamente el Padre Rivadencia en su Vida de San José, y se colige de la lectura del comentario de Cornelio Alépide al versículo 19 del capítulo I de San Mateo. En concepto de este sabio expositor, la interpretacion mas obvia y natural, es la que me ha servido de fundamento en esta instruccion pastoral. Vase tambien al Padre Miguel Mauduit en su obra intitulada "Analyse de l'Evangile, selon l'ordre historique de la concordé," chap. VII.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.

Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor.

Luc. Cap. II, vv. 10 y 11.

1. Despues de haberos hablado en mis tres últimas instrucciones, amados hijos, sobre los tres importantes acontecimientos con que plugo á Dios preparar el parto de María, y son, como habéis visto, la visita que esta tierna Virgen hizo á su prima Santa Isabel, el nacimiento del Precursor y las instrucciones dadas por el Angel á José para recibir á María y poner nombre al Salvador, tiempo es ya de explicaros el Evangelio en que se narra el nacimiento del Hijo de Dios hecho Hombre. Este suceso, el mas grande, el mas prodigioso y el mas fecundo que imaginarse pudiera, fué anunciado primeramente á los humildes y sencillos habitantes de los campos. Estas almas simples y fieles, tierno y constante objeto de la predileccion de Dios, estos pequeñuelos predestinados en su amor para las altas revelaciones de su sabiduría, que no habian de hacerse á los sabios y prudentes del siglo, son los primeros á quienes fué dado saber de boca celestial un acontecimiento que tenia pendientes á todos los habitantes del cielo y debía cambiar toda la faz de la tierra. Un Angel del Señor se despende de las misteriosas alturas en los momentos mismos en que María da á luz al Salvador en el establo de Bethlen; dirígese á la campiña inmediata, donde unos pastores guardaban su ganado; les inunda de una desconocida claridad que les llena de sobresalto, y les arrebató el temor del corazon con estas palabras de infinito y perdurable júbilo: "Vengo á daros una

nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es: que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, Señor nuestro:” *Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.*

2. Tres cosas me parecen mas principales entre las que nos refiere con este motivo el Santo Evangelio; y son: primera las circunstancias que precedieron y acompañaron al nacimiento del Mesías; segunda las manifestaciones de los ángeles; tercera la conducta de los pastores. De ellas voi pues á hablarlos, hijos míos, en la instrucción presente; y concluiré diciéndoos una palabra sobre el silencio de María en medio de tantas maravillas.

I.

3. El Evangelista San Lucas comienza la narración de este gran suceso con la manifestación de una circunstancia que sirve para explicar por qué nació Jesucristo en Bethlem, y precisamente en un pesebre. “Por aquellos días, dice en los siete primeros versículos del capítulo segundo, se promulgó un Edicto de César Augusto, mandando “empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cyrino, “que fué despues gobernador de la Syria; y todos iban á empadronarse, cada cual á la “ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde “Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Bethlem, en Judéa, para “empadronarse con María su Esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose “se allí, le llegó la hora del parto. Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre: porque no hubo lugar para ellos en el meson.”

4. Estaba escrito, amados hijos, proféticamente, como leemos en el versículo segundo del capítulo quinto de Michéas, que Bethlem de Judá sería la cuna del Redentor, pues allí habia de nacer. Ahora bien: cuando la Santísima Virgen estaba cerca de su parto, vivia en otro lugar distante, cual era la pequeña ciudad de Nazareth; y como no tenia motivo alguno para salir de allí, sino ántes bien, su estado mismo parecia estar exigiendo la quietud, la era necesaria una circunstancia muy apremiante y ejecutiva para determinarse á peregrinar; y tal necesidad se presentó con el edicto de César Augusto, que mandaba empadronar á todo el imperio; porque debiendo registrarse los dos santísimos esposos en Bethlem de Judá, les fué necesario partir allá para cumplir aquella disposición de la lei. Notad pues, hijos míos, cómo un emperador gentil, ageno absolutamente de la verdadera religion, por un motivo extraño á ésta, por una razon política, y aun segun algunos pretenden, por un vanidoso motivo, presentó la ocasion y coyuntura de que tuviese su mas exacto cumplimiento aquella profecía; pues como acabáis de oír, al entrar en Bethlem le llegó á la Santísima Virgen la hora de su parto; y como no hubiese tenido mas posada que el arrimo de un pesebre, allí dió á luz al Salvador del mundo. ¡Admirable concierto de la sabiduría y el poder, que sin menoscabo alguno de la libertad humana, somete á los designios divinos la múltipla y variada acción de los seres libres!

5. Lo segundo que aquí debemos admirar, es que el carácter público y universal de aquella lei, pues Augusto tenia sometida casi toda la tierra, vino á suministrar una

prueba pública y constante á la verdad de las profecías que estaban hechas y fueron exactamente cumplidas acerca de este suceso. Daniel habia señalado el tiempo, dando por contrasena la destrucción de las antiguas monarquías y la extensión universal que habia dado á sus dominios el pueblo romano, y esta prueba, corroborada por aquel célebre empadronamiento, quedó depositada desde entónces como una escritura imperecedera en el inmenso archivo de la historia. David habia dicho, aludiendo al Mesías, lo que le prometió el Señor con juramento, segun leemos en el salmo CXXXI. v. 11: “Colocaré sobre tu trono á tu descendencia.” *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam.* Ahora bien: los registros públicos del imperio romano, de aquel pueblo idólatra que ningunas conexiones religiosas tenia con el judío, tienen consignados todos los hechos con que se prueba que todas las profecías fueron exactamente cumplidas en Jesucristo: porque allí vemos que cuando nació, todas las naciones estaban sometidas á los romanos, y César Augusto era el árbitro de la tierra. Sus fechas corresponden exactamente á las semanas de Daniel, y sus atestados comprueban que tanto María como José pertenecian á la tribu de Judá y eran descendientes de la estirpe régia de David.

6. Lo tercero, muy digno de notarse aquí, es la suma pobreza y desamparo con que el Salvador entró en la tierra. Nace en un pesebre, en medio de la estación mas rigurosa y cruel, en la mitad de la noche, sin tener donde reclinar su cabeza, es decir: sin mas abrigo que el regazo de su tierna madre: es envuelto en pañales, esto es, en unos lienzos humildísimos, que bastaban apenas para cubrir sus carnes. Estas circunstancias, que tiene tanto cuidado en referirnos el evangelista, manifiestan el espíritu de Jesucristo, prueban que inició la carrera de sus padecimientos desde que abrió los ojos de su benditísimo cuerpo á la primera luz, y que sus planes de reparacion para la humanidad corrompida, lejos de asociar los recursos humanos, eran todos de abnegación y sufrimiento.

7. Ved pues, hijos míos, en qué tiempo, en qué circunstancias, en qué lugar y de qué modo nació el Salvador del mundo. Mézclanse aquí de una manera inseparable, por explicarme de esta suerte, las mas elevadas grandezas y las mas profundas humillaciones. ¡Qué antecedentes históricos los de este gran suceso! El vino preparándose, anunciándose y representándose de mil maneras, á cual mas espléndida, desde el origen de la humanidad hasta el tiempo señalado con el imperio de César Augusto. Cuatro mil años habian trascurrido ya de una preparacion tan espléndida y majestuosa como la que muestran las págnas venerables de ese libro por excelencia que encierra la historia completa de la humanidad y la misteriosa marcha de sus destinos. Por otra parte, ¡qué silencio! ¡qué oscuridad! ¡qué abandono! La Madre de Dios con su castísimo esposo no hallan posada ni otro arrimo que un pesebre arruinado en Bethlem de Judá: el Verbo de Dios hecho Hombre yace desapercibido entre las pajas de aquel lugar abyecto; aquella familia que tiene arrobados á todos moradores del cielo, no fija la mirada de ningun habitante de la tierra. ¡Oh misterios incomprensibles! ¡Oh arcanos augustos de aquella sabiduría que habia de condenar la sabiduría del sabio y reprobar la prudencia del prudente! La empresa infinita de salvar al mundo, regenerar al mundo, cambiar la faz de la tierra comienza en aquel establo.

II.

8. ¿Y quiénes son, decidme, los intérpretes de aquel desconocido Rei cerca de los hombres? ¿Acaso los personajes mas distinguidos de la tierra? No: la nueva feliz no debia anunciarse por labios humanos. . . . Es necesario que nada en lo absoluto eclipsase la brillante luz que tiene allí su oriente; es necesario que todo sea digno, y por tanto, el Señor emplea con tal objeto el ministerio de los ángeles, y éstos busean entre los hombres aquellos que por la sencillez y candor de su alma sean los mas á propósito para recibir la venturosa noticia, y á su turno comunicarla. “Estaban velando en aquellos contornos, dice el evangelista San Lucas á continuacion, unos pastores, “y haciendo centinela de noche sobre su grei. Cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto á ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Dijoles entónces el Angel: “no tenéis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, Señor. Y sirvaos de seña, que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.”

9. ¡Qué coloquio este, amados hijos! ¡qué interlocutores! ¡qué lenguaje! ¡qué cuadro! ¡Crepúsculo feliz del gran día de la restauracion del mundo, si el hombre ciego no se percibe de tí ó te confunde, dará un paso el tiempo, y el universo convertido te saludará por todos los siglos con el acento de la gratitud y las emociones tiernas y sublimes de la piedad! Si Jesucristo, hijos míos, hubiera sido un filósofo que apareciese con la mira fastuosa de ilustrar al mundo; si hubiera sido un conquistador que acometiese la empresa de someter todas las sociedades á su imperio, sus medios de accion habrian sido á la verdad muy diversos. En el primer caso buscaria las conexiones mas valiosas en el vasto campo de las letras, y señalaria como requisito indispensable de admision á su escuela la claridad de los talentos, el despejo de la razon, las maravillosas dotes del genio: en el segundo haria ostentacion de su poder y de su fuerza entre lo mas poderoso de la tierra, emplearia los tesoros y las armas, buscaria los opulentos y los esforzados, y al iniciar su empresa reconcentraria sobre sí las miradas de los pueblos. ¿No es este el cuadro que hasta entónces habia presentado la vanidad de la ciencia en aquella fastuosa galería de filósofos, y la sed insaciable de dominacion entre aquellos memorables conquistadores? Mas no es así como procede Jesucristo: pretende curar, y esto radicalmente, la enfermedad crónica de un mundo postrado por cuarenta siglos en un lecho de flores, bajo las ricas decoraciones de las artes y con toda la pompa de las riquezas y de los placeres, y por lo mismo necesita echar mano, como de unos verdaderos antidotos, de los medios contrarios á todas las causas de aquella inmensa postracion. El orgullo de la ciencia preparó y el amor de los placeres consumió la ruina de la inocencia primitiva en la dichosa cuna del género humano: un Angel de timidas tentó el orgullo de la inteligencia, prometiendo al hombre la ciencia del bien y del mal y el rango de todo un Dios; un Angel de luz buscará lo mas oscuro, lo mas simple, para comenzar la grande obra del remedio. He aquí lo que precisamente sucedió. En los momentos de anunciarse al mundo la inefable nueva del nacimiento del Mesías, el mundo

era tributario de aquella Roma, saludada por la lisonja del genio como la dominadora sin limites y la ciudad eterna. Este sueño de entusiasmo poético tenia en aquellos momentos las apariencias seductoras de una plena realizacion: Augusto, sentado en el trono de Roma, recibia los tributos de mil pueblos sometidos á su imperio: lucian como trofeo de aquella universal conquista todos los monumentos de las antiguas glorias: la elocuencia vigorosa y varonil de Grecia y Roma en sus épocas mas lustres parecia ornar las últimas extremidades del pedestal sobre que se levantaba aquel trono; y para que nada faltase á los prestigios de la gloria humana, un conjunto de circunstancias inauditas inspiraron entónces á la vanidad para caracterizar aquella época, con todo el énfasis del orgullo, con el mentido título de siglo de oro. Pues bien, hijos míos; todo aquel aparato de genios, de talentos, de artistas, de poetas, de guerreros, de magnates; todas aquellas magnificencias romanas, cuyos restos aun hoy día parecen argüir de mezquindad y pequeñez á todas las artes modernas, cuyas ruinas tiradas con cierta especie de dignidad en un campo desierto inspiran todavía y hacen palpar el corazon de los que solo estudian las obras del hombre; todo esto no mereció entónces al Angel del Señor ni una mirada. Como si nada hubiese habido en el mundo, se fijó exclusivamente en aquellos humildes habitadores de la campiña, en aquellos custodios rústicos de un ganado, en aquellos pastores que, viviendo en el imperio mas grande que presenta la historia, no tenian recuerdos, entusiasmo ni pasiones sobre esta magnífica nada que hacia las delicias de millones de hombres: solo conocian á su Dios, á su familia, su pequeña comarca y su grei; hé aquí toda su ciencia. Ved, pues, ahora cómo en este pequeño círculo de ideas cabe la magnífica revelacion de un Príncipe celestial.

10. Qué importa que estos rústicos pastores no estuviesen favorecidos con la claridad de la ciencia humana, cuando para prepararles á escuchar la gran manifestacion, el Angel les inunda todos en el esplendor de los cielos? “Cercólos con su resplandor una luz divina,” dice el Evangelista: *Claritas Dei circumfulsit illos.* ¿No es cierto, decidme, que con solo esto tuvieron aquellas felices almas por el lado de la inteligencia una superioridad incontestable sobre todos los filósofos, sobre todos los sabios que habia entónces en el universo? ¡Oh caminos inescrutables y maravillosos del Señor en sus designios! Pero no nos detengamos aquí. Esta luz, bello símbolo de la gracia que previene, ha menester de una naturaleza dócil y sumisa para producir sus efectos. Pues bien: ¿qué habria sucedido, decidme consultando á vuestras noticias y experiencia, si este fenómeno divino, por explicarme así, en vez de aparecer bajo la mirada de unos humildes pastores, hubiese sorprendido á los sabios? ¡Qué! herir su curiosidad, dar una ocasion de vanidad á su orgullo, inspirar brillantes y mentirosos discursos, entreteuer la frivolidad de una sociedad ligera. Allí hubiera sido el empleo de los instrumentos, la formacion de las hipótesis, el trabajo exquisito de las conjeturas, la pompa del lenguaje, la ingeniosidad de los discursos, y todo cuanto queráis; pero ménos la verdad, ménos la virtud, ménos la fe, ménos la religion. Dejád empero esta clase de espectadores, y volveos á los escogidos para recibir aquella luz celestial. ¡Qué efecto produjo tan rara maravilla en sus almas! “Los llenó de temor, dice el Evangelista: *timuerant timore magno.*” Ved aquí la mas feliz correspondencia, el efecto mas propio de aquella gracia y el me-

dio mas eficaz para recibir otras nuevas. Ya sabéis que el temor de Dios es un título de ventura: "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, decía David; porque es muy solícito en cumplir sus santos preceptos." Y el Sabio dejó escrito que "el principio de la sabiduría es el temor del Señor." De hecho, hijos míos, el Angel, prendado de una disposición tan feliz, quita del corazón de sus oyentes todo linaje de turbación y de alarma con estas palabras: "no temáis;" y cuando ya les restituye la mas plena quietud, les da la dichosa nueva, les invita para que vayan á rendir sus tributos al Mesías, dándoles las señas competentes para que le hallen, pues es el único, entre los nacidos en aquellos lugares, reclinado en un pesebre: "Hallaréis al Niño, les dice, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre: *Invenietis infantem pannis involutum, et positum in praesepe.*

11. Dijo, terminó con esto su alocucion á los pastores y al instante el cuadro toma proporciones inmensas; pues, como dice el Evangelista, "al punto mismo se dejó ver "con el Angel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: "Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena "voluntad." ¡Cómo explicar, hijos míos, cómo pintar la grandeza de esta manifestacion angélica de paz y de gloria! ¡Qué espectáculo el de la naturaleza en aquel momento! Era la media noche, un instante en que todos los hombres, rendidos á las fatigas diversas de la vigilia, tomaban el descanso; el sueño, difundido por todos, parecia dejar al mundo sin habitantes; el objeto que allí se presentaba, no tenia mas espectadores que aquellos custodios de ganado que se alternaban en la vigilia. En los momentos mismos en que el sueño de la naturaleza parecia simbolizar el inmenso letargo de la culpa y la muerte moral de un mundo que yacia en las tinieblas, la concertada voz de millares de ángeles saludó al advenimiento de la gloria y de la paz, con motivo del Niño que acaba de nacer. Aquel nacimiento era sin duda una gloria por entero, una gloria digna de Dios; aquel nacimiento rompe las ligaduras de un mundo atado por cuarenta siglos y sumergido en las prisiones: aquel nacimiento anuncia el desagravio de un Dios de justicia, la reparacion de la alianza interrumpida por la culpa, la inauguracion del reino de la verdad en la tierra, el noble origen de una generacion de virtudes que el mundo no conocia. Este nacimiento cierra la puerta del abismo, hace caer de la cerviz abyecta del hombre su antiguo hereditario yugo, descorre los velos para que aparezca y se manifieste la Sabiduría del Altísimo, borra las figuras con la presencia de la magnífica realidad, y viene á dar á Dios el único título que podia faltarle, como lo hace notar un sabio Pontífice, el título de Salvador de los hombres. Mas no se trata solo de la gloria de Dios, no se trata únicamente de iluminar con aquel esplendor nuevo las alturas inaccesibles en que reside; pues el que acaba de nacer, aquel niño reclinado entre pajas, tiene depositada en sus manecitas toda la felicidad del universo: porque aparece, no solamente como el esplendor de la gloria del Padre, sino como el dispensador de la gracia, como el Príncipe de la paz: *Princeps pacis*. Sí, amados hijos, en Jesus está la paz, y solo él podia reconciliar al hombre con Dios, con el prójimo y consigo mismo. Una triple guerra despedazaba á toda la humanidad: la guerra impía que falseaba con su politeísmo, con su bárbaro culto, con sus inmundas deidades, con sus atroces

y vergonzosos sacrificios al único verdadero Dios; la guerra del hombre contra el hombre, que tiranizaba la familia y habia desconcertado y enteramente destruido los principios de la sociedad: la guerra del hombre consigo mismo, arrastrado fatalmente por el torbellino de sus pasiones en el inundo fango de los vicios y de los crímenes. Guerra con el cielo, guerra en la tierra, guerra incesante, guerra universal, guerra sin esperanza: hé aquí el estado de la humanidad. Pues bien: aquel Niño mal cubierto con unos miserables paños, temblando de frio en la mas cruda noche del invierno, ignorado hasta de los mas inmediatos á su miserable cuna, trae consigo la paz: paz con Dios, cuyo brazo quedará desarmado y cuya alianza con el hombre quedará restablecida; paz con el hombre, que se unirá de nuevo con el suave y estrecho vínculo del amor bajo el influjo poderoso de una Lei de gracia; paz consigo mismo, mediante la reconquista del imperio del espíritu sobre la carne con la doctrina, el ejemplo y el sacrificio del Redentor.

III.

12. Concluido su cántico misterioso y divino, los ángeles desaparecieron de la vista de los pastores. Estos inmediatamente fiéron á postrarse ante aquella pobre cuna, que su fe vió trasformada en un trono de luz y de gloria: "Vamos hasta Betlém, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha "manifestado," dijeron todos, y dicho esto, vinieron á toda prisa: y hallaron á María y á José, y al Niño reclinado en el pesebre, y viéndole se certificaron de cuanto se les "habia dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron: y también de lo que les habian dicho los pastores. María empero conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón."

13. Así concluye, hijos míos, el evangelista San Lúcas la narracion del Nacimiento del Mesías, de este suceso que dió principio á una nueva Era, á un orden nuevo de acontecimientos, á una revolucion inmensa que iba á producirse en la tierra. ¡Qué no podria decirnos de este homenaje de los pastores, de ese primer acto del culto soberano del Mesías ya nacido; de aquel pesebre misterioso, que podemos considerar, en fuerza del grande acontecimiento que se verificó en él, como el primer templo cristiano! ¡Qué lecciones no pudiera sacar yo del ejemplo de aquellas almas sencillas y fieles para ilustrar las vuestras en el gobierno de vuestra conducta religiosa! ¡Qué fe tan viva! la luz de Dios penetra sus almas de un santo temor. ¡Qué docilidad tan maravillosa! las palabras del Angel quitan á este sentimiento todo lo que sobresalta y conturba. ¡Qué amor! en el momento mismo que los ángeles desaparecen de su vista, desaparecen tambien ellos de su campo, y lo dejan todo para ir á adorar al Salvador. ¡Qué espíritu! en lugar de sorprenderse con aquellas apariencias miserables y humildes, reconocen toda la verdad que acaba de anunciárseles; es decir: creen, confiesan y adoran en aquel niño al Hombre-Dios, al Mesías prometido, al Rei Eterno de los cielos y de la tierra: *Cognoverunt de verbo, quod dictum erat illis de puero hoc*. ¡Qué celo! parien á publicar por todas partes la gloria del Señor, y con la circunstanciada noticia del suceso transmiten sus sentimientos de admiracion á cuantos lo ignoraban: *et omnes qui audiverunt mirati sunt*.

14. ¡Y el silencio de María! ¡y aquella presencia callada y recogida de los mas por-

tenosos sucesos! ¡Ah, hijos míos! ¡Qué tipo tan acabado y verdaderamente inimitable de prudencia, de sabiduría y de santidad! ¡Qué no era necesario para enmudecer á la vista de tan grandes maravillas! Ellas, publicando la gloria del Hijo, anunciaban las grandezas de la Madre; y sin embargo, la tierna Virgen guarda todas estas cosas en lo mas íntimo de su alma: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, confrens in corde suo.*

15. ¡Cuántas lecciones no encierran las pocas líneas empleadas por el evangelista San Lucas en referir el grande suceso del Nacimiento del Hijo de Dios! Aquí vemos cómo el Señor hace servir á sus designios eternos, á sus planes divinos acerca de la redención del mundo, los acontecimientos mas libres y al parecer mas accidentales; pues el edicto de un emperador gentil sirve de motivo eficaz para que María se encuentre en la ciudad de Bethlem en los momentos de su parto, y de esta suerte sean cumplidas á la letra las profecías. Este nacimiento en medio de la pobreza, en tan despreciable lugar y con tan absoluto desamparo, manifiesta el espíritu de una religión que levanta sobre la humildad el edificio de la gloria, y destina la bienaventuranza para los pobres de espíritu, los que han hambre, los que lloran y los que padecen la persecucion. Este primer anuncio de la venida de Jesucristo hecho por un ángel á los sencillos habitantes de los campos, es un hecho práctico cuya explicacion quedaba reservada y aplazada para aquel día en que este mismo Dios-Hombre diese las gracias á su Padre, por haber franqueado á las inteligencias simples de los humildes la revelacion de los arcanos augustos, que habian de quedar encubiertos á la presuntuosa razon de los sabios y prudentes del siglo. Este sentimiento de temor santo de que se muestran penetrados los pastores, así como la fe absoluta que prestan á la palabra del Angel, la prontitud con que acuden á presentarle los tributos de su piedad, y el celo con que publican la gloria de Dios en tan grande acontecimiento, es una escuela práctica de virtud para todos los hombres. Y este silencio de María, testigo de tantas glorias, que no bastan á desplegar sus labios, y que guarda en su corazon para nutrir su pensamiento y su piedad, es un carácter tan singular y único, tan sencillo y sublime al mismo tiempo de aquella Virgen excelsa, que solo esto basta para inspirar á todos los sabios y edificar á todos los santos.

16. Sea pues, hijos míos, este santo misterio un tesoro de sentimientos y de afectos, un estímulo de virtudes, un incendio de amor que abraze vuestro corazon. ¡Felices vosotros, si repasando en vuestra memoria esta gloriosísima página de la historia de nuestra libertad, no solamente os ilustráis con la doctrina, sino tambien os fecundáis con el don infinito, mostrándoos reconocidos al Verbo Eterno que tomó para sí nuestra pobre naturaleza con el fin de salvarla de la muerte eterna y de la corrupcion temporal, y cooperáis á esta gracia con vuestra fidelidad en cumplir la divina Ley! Si así fuere, y si nunca interrumpís esta carrera, estad seguros de que, como cumplió sus promesas viniendo por fin al mundo, realizará tambien vuestras esperanzas fundadas en su palabra, coronando vuestras virtudes en la gloria.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR Y SU SANTO NOMBRE.

Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen eius Jesus, quod vocatum est ab Angelo prius quam in utero conciperetur.

Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesus, nombre que le puso el Ángel ántes que fuese concebido.

Luc. Cap. II, v. 21.

1 Después de haberos explicado, amados hijos, el dogma de la Natividad de nuestro Señor, que con el de su Encarnacion divina forma el tercer artículo del símbolo católico, pudiera yo muy bien pasar desde luego á explicaros el misterio de su Pasion y muerte, objeto del cuarto artículo; pues mi principal intento en esta primera parte de mis instrucciones pastorales, ha sido, como sabéis, tratar de los principales misterios de nuestra santa Fe, contenidos en el expresado símbolo. Mas yo he querido, sin embargo, por creerlo así de mayor provecho para vosotros, extender mi exposicion á ciertos puntos de la doctrina católica, que al mismo tiempo sirven para ligar el dogma con la historia y para ilustrar este mismo dogma con la relacion de ciertos hechos que deben ser vistos, ya como los antecedentes ya como las consecuencias precisas de cada uno de los artículos dogmáticos. Así, por ejemplo, en mis cuatro últimas instrucciones habéis visto que las tres primeras, relativas á la Visitacion, nacimiento del Bautista y perplejidad de José, al paso que sirven para unir históricamente la Encarnacion y la Natividad de Jesucristo como sucesos intermedios, derraman una mas copiosa luz acerca de la primera, y magníficamente preparan la segunda. De la misma manera, una vez explicado este misterio, es preciso seguir sus consecuencias, y tanto mas cuanto que, te-